

factores juntos en un sólo concepto. Pero solo sería posible justificar este concepto de la conciencia animal ó infantil en el último grado del desenvolvimiento, en el cual la inteligencia se hace personal.

### § 3.—INTELIGENCIA PERSONAL

166. En cuanto al modo y método del paso del espíritu desde las formas sociales impersonales á las personales y sociales del pensamiento, debo referirme de nuevo á lo que ya se dijo al pormenor al tratar del desarrollo mental en el niño. Se trazó todo el camino desde la «sugestión de la personalidad», que es la más simple distinción entre las personas y los demás objetos, sobre la base de los modos característicos de conducirse, hasta la plena antítesis del *ego* y el *alter*. Y entonces señalamos también el movimiento en virtud del cual el sujeto concibe los dos términos, ó el otro, como otros tantos yo. Ahora nos toca investigar cómo hace que estas ideas sirvan á la construcción general del conocimiento, por una parte; y por otra, hasta qué punto son razonables las acciones resultantes de ellos. En resumen, las dos cuestiones son las que ya se indicaron, á saber: 1) ¿Cuál es el fin propuesto en esta forma personal de la conciencia? 2) ¿Hasta qué punto las acciones producidas después son razonables para la consecución de aquellós fines?

Tomando la primera de estas cuestiones en su nivel más alto, encontramos que la tendencia de la filosofía y de la ética contemporáneas se expresa en una forma amplia, que evita prudentemente las disputas de las escuelas. Estamos ante el problema familiar á los psicólogos con el título de «deseo» (1); pero el uso que se ha hecho de la noción de deseo en muchos de los libros de sociología y de economía política

(1) Véase después Cap. XI, § 3, donde se trata del deseo en relación con la «sanción» conforme á la cual consigue sus fines.

justifica el que insistamos en prestar á este asunto la cantidad de atención que nuestro actual estudio requiere.

¿Qué desea el hombre?

167. Las doctrinas hoy en boga sobre el fin del deseo se agrupan en una serie que es ya por sí interesante. Tenemos el fin del deseo considerado sucesivamente como «un objeto», «la posesión de un objeto», «el goce de un objeto», «el goce en general», «el goce del yo», «el yo que goza», «la realización del yo», «la adquisición de un yo mejor». Las teorías, en otras palabras, recorren todo el camino desde el objeto al sujeto. Y nada hay más sencillo de explicar que esto. Depende de que cada una de estas fórmulas trata de elevar el enunciado de algún aspecto del deseo á la categoría de fórmula general. En efecto, todo hombre adulto tiene deseos de todas esas clases; y no sólo eso, hay épocas en el desarrollo que están caracterizadas por uno ú otro de esos fines, como la mayor y predominante forma del deseo en aquel momento.

La razón para esta variedad es que *el deseo es una función del pensamiento que existe detrás de él*. El deseo es la tendencia á la acción, suscitada por el pensamiento. Así, el examen del pensamiento es preliminar necesario para la determinación de la clase de deseo y de su fin. Dado el pensamiento informado por los objetos, el que es completamente impersonal, irreflexivo, el fin de su deseo, es el *objeto*. Esto, en su pureza, es lo que antes hemos llamado grado impersonal. Pero, suponiendo un pensamiento que proporciona un placer intenso, con bastante reflexión para aislar el placer y contemplarlo de alguna manera abstracta, el deseo entonces se mueve hacia el placer. Más aún; si tenemos la idea del yo como un sér constante, cuyos intereses están representados en el placer, y cuya perfección es la meta de todos los placeres superiores, entonces el deseo termina en el yo, y quizá en un yo ideal. Todo esto está muy bien. Debemos, pues, distinguir entre el fin de la acción particular del deseo y la filosofía que extraemos de esas clases particulares de deseo. Lo

primero es el pensamiento mismo, como cosa que se desenvuelve progresivamente; y lo segundo es la interpretación de uno ú otro, ó de todos sus grados.

Una vez adoptada esta posición general, en adelante tenemos que hacer no un intento de obtener una teoría filosófica del fin de la acción humana que satisfaga todas las condiciones, ni una tentativa de leer en todos los grados de desarrollo las aplicaciones de esa teoría. Nuestra tarea es más bien la de encontrar tantas distinciones generales en el contenido del pensamiento en las diferentes épocas del desarrollo humano, como diferencias de fin en las épocas correspondientes (1). Sea cualquiera la significación de estas épocas del desarrollo para una teoría general del espíritu, tienen una directa para quien trate de llegar á una explicación genética de la vida social del hombre.

El problema se definió en anteriores páginas. Las tres épocas del desarrollo genético del pensamiento—la impersonal, la personal y la social—se mencionaron ya. La digresión presente tiene por objeto justificar el empleo de esas épocas para la demarcación de nuestro actual problema, en oposición á las filosofías del deseo corrientes en la discusión social y ética. Seguramente podríamos llevar más allá nuestras pretensiones y decir que la filosofía, en su necesidad de principios generales de construcción—como los que exige la teoría del deseo—debería proceder á partir del examen empírico del curso actual del desarrollo é interpretar la acción, según los términos de las épocas del pensamiento. Esto sería verdad, y los filósofos necesitan que se les diga, creo yo.

168. De este modo llegamos á investigar el significado de las épocas personal y social del pensamiento en la teoría del fin.

(1) Comp. la distinción hecha más adelante, cap. IX, § 3, sobre las «sanciones» entre el «mundo de los hechos» y el «mundo del deseo». Nuestro objeto en el último capítulo es mostrar que, en cualquier grado de la conciencia, el «objeto de deseo», ó el motivo completo, más que mero «objeto de hecho», es lo que sanciona la acción resultante

A primera vista aparecen ciertos puntos ya tratados. Primeramente, hemos encontrado en el capítulo sobre las «Emociones», que no hay solución de continuidad entre las épocas que en la vida instintiva llamamos respectivamente «orgánica» y «espontánea»; y, por otra parte, tampoco la hay entre la época «espontánea» y la «reflexiva». Esto se explicó desde dos puntos de vista: las expresiones emocionales de la época orgánica se utilizan en las épocas superiores por una transición natural desde los tipos de función inferiores á los superiores. Además, el niño no muestra grandes interrupciones en su desarrollo desde el instinto por la sugestión y la imitación directa, hasta la reflexión; al menos, por el lado de los movimientos emocionales de su modestia, simpatía, juego, etc. Su progreso es continuo. Cada una de sus actividades espontáneas se desarrolla en un crecimiento rectilíneo, á partir de sus actos instintivos; y después, cada una de sus actitudes emocionales reflexivas, no es más que una adaptación y confirmación ulterior de las espontáneas. Y se indicó un tercer orden de demostración por parte de la antropología. El progreso de la cultura en la raza muestra transiciones semejantes, desde las formas de cooperación salvajes á las gregarias y nómadas, y más tarde á las reflexivas. Sin embargo, encontramos más difícil concebir la transición de la forma de actividad espontánea á la reflexiva, que de la reflexiva á la orgánica. Lo reflexivo parece representar una nueva línea de desarrollo, en cuanto supone, como acabamos de ver, las dos grandes características de la adaptación inteligente; la apreciación de las situaciones generales y abstractas, con el establecimiento de conclusiones que miran hacia fines muy lejanos y la adopción de medios apropiados al cumplimiento de esos fines. La razón de este hecho, pues,—la causa de la transición—*estriba en la inteligencia*, y su significación constituye el problema inmediato.

Volviendo al otro asunto fundamental de las anteriores páginas, al desarrollo del niño por el lado de la invención y de la interpretación personal, creo yo que tenemos más luz.

Encontramos que las imitaciones del niño son un medio para el desarrollo individual solo en cuanto constituya su resultado en cada caso la base de una interpretación para la acción. Constantemente recibe combinaciones sintéticas de datos, y éstas son las que le capacitan para obrar más adecuadamente. Se parece al genio en que hace combinaciones nuevas y siempre cambiantes de los elementos de la representación y de la memoria. Por las leyes de la asimilación del hábito motor y de la acomodación le es absolutamente imposible permanecer estacionario. Está obligado á ver y reobrar cada día sobre la nueva situación.

Su desarrollo tiene lugar bajo dos aspectos generales. En primer lugar, su tendencia á la generalización es objeto de evolución por la facilidad con que *aprende á obrar* sobre las cosas por modos comunes ó generales, en vez de tratar á cada hecho o suceso individual de un modo especial y peculiar. Su progreso en la adquisición de un pensamiento complejo es la base de la unidad creciente del hábito en su vida activa. Pero, por otra parte, con ésta viene también la capacidad de aislar lo particular y de tratarlo en relación con el grupo á que pertenece; esto se debe al hecho de que, al aprender á obrar en sus sucesivas *acomodaciones activas de sí mismo* á los hechos y sucesos del mundo, ha adquirido un sentido de su aislamiento y un modo de tratarlo aisladamente. En esta relación del hecho particular á la clase general—relación que nace de la acción conjunta del hábito y de la acomodación (1),—tenemos la tendencia germinal de la inteligencia á obtener una interpretación de cada cosa particular en la situación general que se presenta al espíritu por el sistema de escalones que llamamos deducción y raciocinio.

Esta es una caracterización breve de la génesis del pen-

(1) V. el desarrollo detenido de estos principios de la génesis de la función del pensamiento en mi *Ment. Devel.*, cap. XI; conf. también James: *La génesis de las Categorías Mentales elementales: Psych.*, pág. 629 y sigs. V. también el cap. III, § 3, sobre el «Pensamiento selectivo».

samiento, y de intento la hemos hecho breve, porque la génesis del pensamiento no es nuestro problema. Podríamos contentarnos con suponer que el pensamiento tiene su génesis, ó, si queréis, un comienzo, y enseguida pasar á investigar su esfera en la evolución de la vida social; pero he preferido bosquejar la que creo génesis real del pensamiento, porque tiene la particularidad de hacer de las acomodaciones y de los hábitos motores del pensador el hilo director de su inteligencia. Esto reúne las dos posiciones: que el fin es una función del contenido intelectual y que, trabajando para realizar los fines, es como el pensamiento se desarrolla. El niño, por ejemplo, tiene el fin de imitar mis movimientos; pero no puede llegar á una idea más adecuada del movimiento, á menos que obre continuamente sobre la idea que ya tiene. El primer pensamiento le da el primer acto posible, y éste le da un nuevo pensamiento. Así, la acción y el pensamiento se desarrollan juntos como aspectos correlativos de la inteligencia. Ahora podemos pasar á examinar la interpretación social de este estado de cosas en la vida del niño.

169. Dejando á un lado las interpretaciones que el niño da á los elementos impersonales de su pensamiento, é igualmente los conocimientos progresivos que construye acerca del mundo exterior, volvamos definitivamente al elemento social en su desarrollo personal. Con esta distinción, sin embargo, no pretendo negar que también hay elementos sociales en su conocimiento del mundo exterior: los hay. Pero el método de las interpretaciones del niño, en todo su conocimiento, es el mismo, y es una función de su desarrollo personal; así, pues, tomando los conocimientos que tienen relaciones especiales con el medio social é investigando los factores sociales que contienen, expondremos más claramente la esfera de la sugestión social en lo que tiene de más importante en sí misma y para nuestro presente estudio. La cuestión inmediata es esta: qué elementos sociales entran en las interpretaciones que el niño hace de las situaciones de carácter social y qué uso hace de esas interpretaciones. O, en

otras palabras, cuál es el contenido del pensamiento que estimula al niño á los actos sociales, y cuáles son los actos ejecutados «razonablemente» teniendo en cuenta ese fin. Estas son las dos cuestiones ya enunciadas; *el fin, y los medios para el fin.*

El contenido del pensamiento del niño acerca de las situaciones sociales es doble. Las ideas concretas del *ego* y el *alter* están juntas de un lado, opuestas á la idea de una personalidad ideal de otro. Así viene á la conciencia, cuando seguimos al niño hasta los comienzos de su vida ética, un triple sentido del yo, constituyendo cada uno una especie de trama para la asimilación ó interpretación de nuevas experiencias ó sugerencias de las relaciones personales. Tiene una idea de sí mismo, el *ego* con un grupo muy bien definido de emociones de interés propio; éste se hace cada vez más sólido, circunscrito y exclusivo, sobre todo lo que pretende ocupar un lugar en su pensamiento. Después tiene una idea del *alter*, que se presenta de vez en cuando; y con éste, un grupo de emociones altruistas, como las que se ven en la modestia, el sacrificio, la simpatía, etc.,—otra trama mental siempre pronta á sujetar y asimilar las sugerencias de la presencia y de la acción personales, que van y vienen en el medio. En tercer lugar, el concepto *general ó ideal* del yo, alrededor del cual nacen los sentimientos superiores. Antes de entrar á hablar del tercer sentido del yo, con los sentimientos que le acompañan, definiremos los otros dos y apreciaremos su importancia y la relación de uno con otro, recordando lo dicho en una ocasión anterior (1).

170. Ahora vemos claramente, por el examen de las transiciones emocionales y por las observaciones actuales sobre el niño, que antes de aparecer la reflexión—es decir, antes de que se defina claramente el sentido de un yo general—esta antítesis en la relación con el *alter* no es completamente distinta. La relación del *tu frente al yo* no existe. Hay

(1) Conf. Secc. 29 a.

solo «mi juguete *en contraposición* á tu juguete», «mi acto *en contraposición* á tu acto», mi voz *en contraposición* á tu voz», etcétera. La primera persona está generalmente en el caso posesivo. Los materiales de la antítesis proceden de las situaciones particulares en que las actividades instintivas y espontáneas colocan al niño.

Pero tan pronto como aparece la reflexión, viene el movimiento, descrito antes, por el cual el yo se solidifica por grados, y el elemento externo de la identidad personal contribuye también á separar el *ego* del *alter*. Después, cuando el yo llega á ser una idea distinta, tiende, como toda idea, á tomar una actitud propia, y aparece una serie de actos personales. El niño empieza á obrar por sí mismo primero, y para los demás, después. Esta acción reobra á su vez para reforzar y endurecer la idea del yo y para acentuar su distinción relativa del *alter*, por el influjo reactivo de la acción sobre la idea, del cual ya hablamos antes. Este es el proceso germinal del *egoísmo reflexivo*. Supone un yo actualmente pensado como en oposición al *alter*, juntamente con una serie de actos propios para consolidar y perpetuar esta oposición. El fin es el yo considerado explícitamente, como «mi yo, no tu yo, ni cualquiera otro yo» (1). Y con éste se identifica ó contrasta en el caso de cada acción el yo general.

Veamos con claridad, pues, cómo nace el verdadero egoísmo. Viene por el movimiento mismo que establece reflexivamente la antítesis entre la idea del yo y la idea del otro. Deben nacer ciertas actitudes de cada lado, actitudes que sólo representan mi provecho con ó sin perjuicio vuestro, mi placer con ó sin dolor vuestro, y viceversa. Ahora bien; estos movimientos, estas actitudes activas son, precisamente, las que constituyen, como hemos visto, la síntesis de la reflexión propiamente dicha. Por medio de su adaptación al lado *ego* de la antítesis en un caso, fijan aquel lado y proporcionan

(1) Esto se ve socialmente en la que antes llamamos «oposición» (Sec. 149).

lo que llamamos «deseo» de mantener ese lado de la antítesis del yo. Yo reflexiono sobre mí mismo y obro egoístamente cuando conservo la idea de los actos opuestos y después adopto la conducta que representa el lado *ego*. El *ego* se convierte entonces en mi fin, sólo porque vence en la síntesis de la reflexión. La presencia de la llamada reflexión es la presencia de la *antítesis clara de las dos actitudes del yo juntas en una síntesis más amplia, á la cual dan origen todas las tendencias al movimiento, á la acción, á la conducta; y la conciencia de esa síntesis superior, en forma de hábito más ó menos establecido, es el yo general ó ideal* (1).

171. Con esto aparece también el altruismo reflexivo. Y debe nacer, precisamente, porque el *ego* y el *alter* son conceptos antitéticos, los dos polos de un proceso más amplio del pensamiento. La idea del *alter*, tal como se consolida en oposición al *ego*, mueve á una línea de acción diferente de la que conviene al *ego*. Esta línea de acción representa una disciplina en la vida activa, que produce una inhibición ó una interferencia con los hábitos de la acción egoísta; y, á su vez, por medio de sus expresiones emocionales, reobra para consolidar más la idea del *alter*. La simpatía viene á ser una línea de conducta adoptada por la persona reflexiva, cuya experiencia aumenta en riqueza y en sistematización. Y cuando llega á una decisión, después de una lucha entre las dos ideas del yo y sus respectivos impulsos hacia la acción—como en el niño de tres ó cuatro años—se hace más ó menos calculador de las consecuencias que tiene derecho á esperar de la acción misma, y de la manera como la recibirán los demás miembros de la sociedad.

(1) Es «general» cuando se la considera *retrospectivamente*, mostrado en las actuales personalidades, ó como experimental en su origen; también es general cuando se le considera «subjetivamente» ó «eyectivamente». Es ideal cuando se le considera *prospectivamente*, como no acabado, ni completamente experimentado, susceptible de ulterior evolución en la experiencia, y, por consiguiente, en su actual manifestación «proyectiva». Véase cap. I, § 4.

172. Entonces se presenta un nuevo grado del desenvolvimiento que, á la vez que conserva la distinción característica que examinamos, da un paso adelante. El niño no permanece mucho tiempo detenido en los primeros efectos de su acción sobre sí mismo y sobre los demás. Un nuevo movimiento de su inteligencia le lleva á hacer uso de las «causas segundas». El hecho de que la acción haya ahora devenido un medio para un fin—el fin de consolidar y reafirmar el yo-*ego* y el yo-*alter*,—no queda sin desarrollar. No necesita gran aumento en la complejidad de su pensamiento para concebir la posibilidad de usar otros elementos de la experiencia en servicio de los mismos fines. Además, no queda abandonado á sí mismo para subir este escalón; en éste, como en todos los de la herencia social en que se desarrolla, le inician sus semejantes. Ve á su madre y á su nodriza manejar los objetos para prepararle la comida, la cama, los vestidos, etc.,—todas las acciones que tienen tres términos en vez de dos, como vamos á explicar.

Hay la idea de la cosa que se ha de hacer, la idea de la cosa por la cual ha de ser hecha la primera y, por último, la idea de la acción por la cual esta última se realiza. Encontramos que el niño posee esta idea desde una edad notablemente temprana. En efecto, creo que la aprende por el proceso ordinario del movimiento orgánico, en el cual su idea de un objeto debe ir seguida de la idea de un movimiento, para que aquel objeto se ponga á su alcance, etc. Por la repetición de este proceso llega á ser capaz de poner en sucesión una serie de movimientos ideas entre la idea del objeto y los actuales movimientos, fines por los cuales se llega á conseguir el objeto; es claro, pues, que existe una forma de acción irreflexiva sobre los medios que conducen á los fines. Pero en este caso, además, el desarrollo va desde una época más simple á otra más llena de ideas ó más reflexiva. Dada la idea del yo—sea del *ego* ó del *alter*—*el niño vuelve al mecanismo de las primitivas adaptaciones de los medios á los fines para la consecución de éstos*. Así deviene no sólo un egoísta y altruista